

todos sus sueños. Suspiró, se levantó reposadamente y se encaminó triste hacia su casa.

Juliana abrió la puerta, y en el pasillo la dijo con voz suplicante:

—Perdóneme la señora...; estaba loca. Tenía la cabeza trastornada de no dormir en toda la noche... Me quedé muy afligida...

Luisa no contestó y se fué a la sala. Sebastián, que iba a comer con ellos, tocaba la serenata de «Don Juan», y dijo al verla:

—¿De dónde tan pálida?

—Debilidad, Sebastián... Vengo de la Iglesia.

Jorge salía del despacho con unos papeles en la mano.

—¡De la iglesia!—murmuró—, ¡Qué horror!

Por aquel tiempo publicó el *Diario del Gobierno* la promoción del Consejero Acacio al *grado de Caballero de la orden de Santiago*.

La noche siguiente, al entrar en casa de Jorge, fué objeto de una ovación; el Consejero, después de abrazarles uno por uno, nervioso y conmovido, cayó emocionado sobre el sofá, y dijo:

—No esperaba tanto de la real munificencia...; no esperaba tanto.—Y añadió, colocando la mano sobre el pecho:—Diré con el filósofo: ¡Esta condecoración es el mejor día de mi vida!

Invitó á Jorge, Sebastián y Julián para comer juntos el jueves “una modesta comida de solteros en un humilde tugurio, para festejar la real merced”.

En efecto, el Consejero los recibió con el hábito de Santiago sobre el frac negro. Había otro sujeto en la sala, el señor Alves Continho, pecoso de vi-ruelas, y con la cabeza muy metida entre los hombros.

Era empleado del ministerio de la Gobernación, ilustre por su inmejorable letra.

A poco entró la conocida figura de Saavedra, re-

dactor del *Siglo*. Su rostro pálido parecía más satinado, y su negrísimo bigote relucía con la brillantina. Sus lentes de oro acentuaban su aspecto oficial; llevaba aún en la mejilla los polvos de arroz que momentos antes le pusieron al afeitarse; y en aquella mano que escribía tanta majadería, llevaba el par de guantes nuevos de color de yema de huevo.

— ¡Estamos todos! — dijo alegremente el Consejero; é inclinándose: — ¡Bien venidos, amigos míos! Tal vez estaremos mejor en mi cuarto de estudio... Por aquí... Hay un escalón; cuidado... ¡Este es mi *Sancta Sanctorum!*

En una salita muy arregladita, donde estaba la mesa de escribir, con su tintero de plata, las plumas simétricamente colocadas y las reglas cuidadosamente dispuestas. Sobre la *Carta constitucional*, estaba el escudo de armas del Consejero. Colgado en la pared la *carta regia* que le nombró para aquel cargo; entre un retrato del Rey, y descollando sobre una mesa, el busto en yeso de Rodrigo de Fonseca Magallanes, con una corona de siemprevivas, que le glorificaba y lloraba, todo á un tiempo.

Julián examinó la librería.

— Tengo á gala poseer los más ilustres autores, amigo Zuzarte — dijo con orgullo el Consejero.

Enseñó la *Historia del Consulado y del Imperio*, las obras de Delille, el *Diccionario de la conversación*, la edición de bolsillo de una *Enciclopedia*, y el *Parnaso lusitano*. Habló de sus trabajos, y apuntó que ante aquellas personas tan sensatas desearía leer algunas pruebas que estaba corrigiendo de su nuevo libro: *Descripción de las principales ciudades del Reino, y sus Institutos*, para oír su opinión imparcial y severa...

— Con mucho gusto...

— Sí, Consejero; con gusto...

Escogió «como más propia para formar idea de la importancia del trabajo», la página relativa a «Coimbra». Se levantó, y de pie, en medio de la sala, leyó con voz llena y gesto pausado las pruebas de imprenta:

— «Reclinada muellemente en su verdegueante colina, como la odalisca en sus aposentos, está la sabia Coimbra, la Atenas portuguesa. Le besa, diciéndola secretos de amor, el manso Mondego. En sus bosques el ruiseñor y otras aves amorosas dejan oír sus melancólicos trinos. Cuando os aproximáis por el camino de Lisboa, en el que antes corría un bien organizado coche correo, sustituido hoy por la humeante locomotora, se la ve blanquear, coronada por imponente mole de la Universidad, asilo de la sabiduría. La corona la torre con su campana, que el lenguaje estudiantil llama *la cabra*. Luego os roba la atención un corpulento árbol, el famoso «árbol de los Dorias», que extiende sus ramas seculares sobre el jardín de uno de los miembros de esta respetable familia.

»Luego distinguís, sentados en los parapetos de su antiguo puente, jugando, a los bravos mozos esperanza de la patria, o requiebrando a las garridas mozas que pasan derramando frescura y juventud, o revolviendo en la mente los problemas más árdulos de sus bien elaborados compendios...»

— La sopa está en la mesa — dijo una robusta muchacha con delantal blanco.

— ¡Bravo, Consejero, bravo! — exclamó Saavedra levantándose. — ¡Admirable!

Le reputó como autoridad y dijo que el «estilo era digno de un Rebello o de un Latino, y que realmente hacía mucha falta una obra como aquella en Por-

tugal,,. Y pensaba: "Pedazo de acémila,,. Era su apreciación constante de toda obra contemporánea, exceptuando sus artículos del *Siglo*.

—¿Qué le parece, amigo mío?—preguntó en voz baja el Consejero á Julián, pasándole la mano por la espalda. — ¡Su opinión imparcial, amigo Zuzartel — Señor Consejero—dijo Julián,—le envidio...

Y al decirlo, sus lentes oscuros se fijaban en una colcha parda que cubría en un ángulo grandes pilas de libros, á juzgar por los bordes... ¿Qué sería?

¡Le envidio!—repetió.—Otra cosa, Consejero... ¿Dónde puedo lavarme las manos?

Accacio le llevó á su cuarto, y se retiró discretamente.

Julián, siempre curioso, observó con sorpresa dos estampas sobre la cabecera de la cama, un *Ecce Homo* y una *Dolorosa*. El cuarto estaba esterado; la cama era baja y ancha. Abrió el cajón de la mesa de noche, y vió una papalina y un volúmen de poesías *verdes* de Bocage. Entreabrió las cerradas cortinas de la cama, y tuvo el consuelo de ver sobre la almohada dos hoyos unidos de una manera conyugal y tierna...

Salió de la alcoba limpiándose las uñas con la toalla, y el Consejero les condujo al comedor, diciendo jovialmente:

—No esperen un festín de Lúculo... Será apenas un modesto refrigerio de humilde filósofo.

Pero Alves Continho se extasió ante la abundancia de tarros de dulce: había *crema* dorada con plancha; un plato de *huevos quemados*, y arroz con leche, que ostentaba las iniciales del Consejero, dibujadas con canela.

—¡Gran día para Sebastián!—dijo Jorge.

Alves Continho se volvió á Sebastián, frotándose las manos, con la sonrisa en su rostro ictérico,

—¿Es usted de los míos, eh? ¿La gusta el dulce ese? También á mí, también...

Las cucharas removían la caliente sopa, agitando los canutillos largos y blandos del macarrón.

El Consejero dijo:

—No sé si les gustará la sopa... Yo adoro el macarrón.

—¿Le gusta á usted el macarrón?—dijo Alves.

—Mucho, querido Alves. ¡Me recuerda á Italia!— Y añadió:—País que siempre he deseado ver. Me han dicho que sus ruinas son de primer orden... Puede usted ir trayendo el cocido, señora Filomena... Con franqueza... ¿prefieren cocido, ó pescado? Es un pago.

Hubo un instante de duda, y Jorge dijo:

—El cocido.

—Nuestro Jorge opta por el cocido—dijo el Consejero con afecto.

—Soy de su opinión—saltó Alves Continho, volviéndose á Jorge con los ojos llenos de agradecimiento.—¡Oh, el cocido!

El Consejero, que creía deber suyo levantar noblemente la conversación, dijo espumando lentamente la grasa de la sopa:

—Me han dicho que es muy liberal la Constitución de Italia.

—¡Liberal! Si Italia fuera liberal, hubiera echado á puntapiés al Papa, al Sacro Colegio y á la Compañía de Jesús —dijo Julián.

El Consejero pidió bondadosamente al amigo Zuzarte benevolencia para "el Jefe de la Iglesia".

—No es que yo sea sectario del *Syllabus*; no es que quiera ver á los jesuitas entronizados en el seno de la familia. Pero el respetable prisionero del Vaticano, el vicario de Jesucristo... ¡Sírvasse usted arroz, querido Sebastián!

No había que extrañar aque' las opiniones católicas del Consejero, según Julián, porque tenía dos imágenes de santos en la cabecera de su cama.

La calva de Acacio enrojeció, y Saavedra, el de *El Siglo*, exclamó con la boca llena:

— ¡No sabía eso, Consejero!

Acacio, afligido, dejó el tenedor y dijo:

— Suplico al amigo Saavedra no deduzca de ese hecho consecuencias erróneas. Mis principios son bien conocidos. No soy ultramontano, ni hago votos por el restablecimiento de la persecución religiosa; soy liberal, y creo en Dios. Pero reconozco que la religión es una necesidad.

— Para los que la necesitan — interrumpió Julián.

Rieron, y Alves Continho más que nadie. Turbado el Consejero, respondió lentamente, cortando rodajas de pan:

— No la necesitamos nosotros; pero sí la masa del pueblo, señor Zuzarte. De lo contrario, aumentaría la estadística criminal.

Saavedra, el de *El Siglo*, dijo con la fisonomía seria:

— Dice una gran verdad! Repetiré la máxima, modificándola: ¡La religión es un freno!

Y hacía además de contener una mula. Pidió más arroz. Aquel hombre devoraba.

El Consejero continuaba disertando:

— Como decía, soy liberal; pero entiendo que algunas estampas alusivas al misterio de la Pasión tienen su sitio en una alcoba, e inspiran, en cierto modo, sentimientos cristianos; ¿no es cierto, amigo Jorge?

Pero Saavedra interrumpió vivamente, con libertina jovialidad:

— ¡Yo no admito en una alcoba más pinturas que

una bella ninfa desnuda ó una bacante desenfundada!

— ¡Eso, eso! — bramó Alves Continho, dilatándose le la boca con sensual admiración. — ¡Este Saavedra, este Saavedra! — Y añadió volviéndose á Sebastián — ¡Qué talento! ¿eh? ¡qué talento!

El Consejero se volvió á Julián, y levantándose la servilleta, le dijo:

— Supongo que no serán esos grabados inmorales los que se verán en su gabinete de estudio.

Julián rectificó:

— En mi cubil sólo tengo dos litografías: una es de un hombre sin piel, para que se vea el sistema arterial, y otra igualmente, para ver el sistema nervioso.

El Consejero hizo con su blanca mano un gesto de enojo, y expuso que la medicina tenía cosas asquerosas. Había oído decir que los estudiantes más despreocupados llevan su desprecio por la moral hasta el punto de apedrearse, bailando, con pies, brazos, narices y otros miembros humanos... en las salas de disección.

— Pero, señor Consejero, es lo mismo que si se tiraran piedras; todo es materia inerte — dijo Julián llenando su copa.

— ¿Y el alma, señor Zuzarte? — exclamó el Consejero.

Hizo un gesto de vaga reticencia, y creyendo haberle aniquilado con aquella suprema palabra, tuvo para Sebastián una sonrisa cortés y protectora, y le dijo:

— ¿Y qué dice nuestro buen Sebastián?

— Escucho, señor Consejero.

— No dé usted oídos á esas doctrinas; mantenga su alma pura. Son doctrinas perniciosas. Y lo peor es que Jorge, ¡cosa lamentable en un hombre casado y

funcionario del Estado! se deja dominar por esas exageraciones materialistas.

Jorge rió, afirmando que tenía aquello á honra.

—¿Entonces quiere el Consejero que yo, un ingeniero, un estudiante de matemáticas, crea en las almas que viven en el cielo, con alas blancas, túnicas azules y tocando instrumentos?

El Consejero replicó:

—No, instrumentos no; no creo haber hablado de instrumentos. Los instrumentos son una exageración. Son, podemos asegurarlo, añagazas del partido ultramontano.

Iba á tronar contra ellas; pero la señora Filomena colocó delante de él un plato con la pierna de carne-ro asada. Penetróse de su deber, empuñó el trinchante con solemnidad y fué cortando rajas finas. Entretanto, Julián, limpiándose los dientes con las uñas, preguntó:

—¿Cae ó no cae el ministerio?

Sebastián había oído en el vapor de Almada que "la situación estaba asegurada."

Pero Saavedra vació su copa y declaró que antes de dos semanas "se lo llevaba todo la trampa". ¡Aquel escándalo no podía seguir! ¡No tenían la menor idea de gobierno, ni la más leve! El, por ejemplo, era y había sido leal en política... Pues bien: ¡no le habían nombrado á su primo recaudador de Aljustrel, habiéndoselo prometido! ¡Y sin darle una satisfacción! ¡Así no era posible hacer política con aquel ható de idiotas!

Jorge celebraba que vinieran otros; tal vez así no le comisionasen de nuevo por el ministerio; él quería estarse quieto en casa.

Alves Continho callaba prudentemente engullendo rebanadas de pan.

—Que caigan ó no caigan—dijo Julián,—que se

vayan éstos o vengan aquéllos... ¡gracias, Consejero—se interrumpió tomando su plato de asado:—me es completamente indiferente. ¡Todos son una sola escoria!

El país le inspiraba enojo, y esperaba en breve por la lógica de las cosas, una revolución que barriese aquella *basura*.

—¡Una revolución!—dijo Alves Continho, mirando en derredor.

El Consejero se sentó y dijo:

—No quiero entrar en discusiones políticas; sólo sirven para dividir las familias; pero sí recordaré al señor Zuzarte los excesos de la *Commune*.

Julián se echó atrás y dijo tranquilamente:

—El mal está, señor Consejero, en que no fusilamos unos cuantos banqueros, propietarios gordos y marqueses anémicos. ¡Sería una especie de limpieza!

Y hacía ademán de afilar un cuchillo.

El Consejero sonrió, tomando como humorada aquella salida sangrienta.

Saavedra se interpuso con autoridad:

—En el fondo soy republicano.

—Y yo—dijo Jorge.

—Y yo—añadió Alves Continho inquieto. —Cuenten ustedes conmigo.

—Pero—continuó Saavedra—, lo soy en principio. Porque el principio es hermoso, es ideal. Pero, ¡la práctica! ¡la práctica!

Y volvía a todos lados su cara importante.

—Sí, la práctica...—exclamó como un eco admirativo Alves Continho.

—¡La práctica es imposible!—declaró Saavedra, llenándose la boca de asado.

El Consejero asumió entonces:

—La verdad es ésta. El país está sincerament

unido á la familia real. ¿No es esto, querido Sebastián?—dijo.

Sebastián declaró que no entendía de política, creía que el obrero estaba mal pagado y que la miseria crecía. Los obreros cigarreros, por ejemplo, apenas ganaban nueve ó diez reales diarios, y esto con familia, era triste.

—Es una infamia—añadió Julián.

—Hay pocas escuelas—observó tímidamente Sebastián.

—Es una torpeza—insistió Julián.

Saavedra se había desabrochado el cuello de la camisa; tenía en el rostro el color rojo de la hartura y sonreía vagamente.

—¿Y los idiotas de San Benito?—exclamó Julián.

Pero el Consejero interrumpió:

—Hablemos de otra cosa, amigos míos. Es más digno de portugueses y de súbditos fieles.

Y volviéndose á Jorge le preguntó cómo seguía la interesante señora doña Luisa.

—Andaba un poco delicada hacía días; pero no era nada: el cambio de estación, un poco de debilidad... Saavedra dejó la copa y dijo:

—Tuve el placer de verla pasar este verano casi todas las mañanas por frente á casa, allá hacia los arroyos, unas veces en coche y á pie otras.

Jorge se sorprendió, pero el Consejero hablaba del pesar que tenía en no verla compartir aquel modesto banquete. Como era soltero y no tenía esposa que hiciera los honores...

—Me admira, Consejero—observó Julián—que teniendo usted una casa tan confortable, no se haya casado, buscando el consuelo de una mujer.

Todos le apoyaron. ¡Era cierto! El Consejero debía haberse casado.

—Ante Dios y ante la sociedad son graves las responsabilidades—dijo:

—Pero, en fin—le objetaron—, es el estado más natural. Y luego, ¡qué demonio! a veces sentiría estar solo. Una enfermedad... Sin contar la alegría que dan los hijos.

El Consejero hizo notar «los años, las nieves de la cabeza».

Nadie le decía que se casase con una niña de quince abriles, no: era arriesgado. Pero con persona de cierta edad, que tuviese atractivos, fuese arreglada... aquello era moral.

—Porque al fin la naturaleza...—dijo maliciosamente Julián.

—Hace mucho que se apagó en mí el fuego de las pasiones, amigo mío.

¡Mentira! ¡Era un fuego que no se extinguía nunca! ¡Era imposible que el Consejero, a pesar de sus cincuenta y cinco años fuese insensible a los encantos de unos ojos negros y de unas formas redondas!

El Consejero negaba. Saavedra declaró, con púdico circunloquio, que ninguna edad se eximía de la influencia de Venus.

—Todo va en gustos—decía—. A los quince años agrada una matrona robusta, y a los cincuenta un capullo ténue... ¿Verdad, amigo Alves?

Alves encandiló los concupiscentes ojos y chasqueó la lengua.

Saavedra continuó:

—Mi primera pasión fué la mujer de un capitán de buque, madre de seis hijos, que no cabía por aquella puerta. Pues bien, señores: la hice versos, y la excelente señora me enseñó un par de cosas muy agradables... Se debe empezar temprano, ¿verdad?—añadió volviéndose a Sebastián.

Quisieron saber la opinión de Sebastián, que se puso como la grana.

Al fin, compelido, dijo con timidez:

—Creo que uno se debe casar con una muchacha honrada, y quererla toda la vida:

Aquellas sencillas palabras produjeron un corto silencio. Pero Saavedra calificó aquella opinión de «burguesa». El matrimonio era una carga; no había nada como la variedad.

Julián expuso dogmáticamente:

—El matrimonio es una fórmula administrativa, que ha de concluir necesariamente. Por lo demás—según él—, la mujer era un sér inferior. El hombre debía aproximarse a ella en ciertas épocas del año—como los animales, que saben de esto más que nosotros—, fecundarla y apartarse con tedio.

Aquella opinión escandalizó a todos, en particular al Consejero, que la encontró de un «materialismo repugnante».

—Esas mujeres que tan severamente trata usted, señor Zuzarte—exclamó—, esas mujeres son nuestras madres, nuestras hermanas cariñosas, la esposa del jefe de Estado, las ilustres damas de la nobleza.

—Son el mejor bocado de este valle de lágrimas—añadió Saavedra dándose golpecitos en el estómago.

Disertó sobre las mujeres. Lo que exigía en ellas era un pie bonito... ¡No había nada más horrible que un pie grandel... A todas las mujeres, prefería las españolas.

Alves votaba por las francesas, y se le inyectaban de sangre los ojos.

Saavedra objetó con grito hostil:

—Cierto, para un rato de *can-can*. Para eso nadie como las francesas; pero son muy interesadas.

El Consejero intervino, agitando los lentes:

—Viajantes instruidos me han asegurado que las inglesas son notables madres de familia.

—¡Frias como esta tabla!—dijo Saavedra golpeando la mesa.—¡Mujeres de hielo!

¡Quería españolas, quería fuego, quería *salero*! Tenía la mirada brillante del vino, y la comida le exaltaba el sentimiento.

—Una hermosa gaditana, ¿eh, amigo Alves?

Pero ante los dulces, Alves Centinho dejó á las mujeres, y en unión de Sebastián, hablaba sobre golosinas.

—Porque—decía—el dulce y las mujeres es lo que me escarabajea dentro del alma.

Era cierto: todo el tiempo que no dedicaba al servicio del Estado, lo repartía entre las confiterías y los burdeles.

El Consejero, cortando los huevos quemados y saboreando las delicias del convite, decía á Jorge:

—¿Qué mayor dicha, querido Jorge, que pasar así las horas, entre amigos de tan reconocida ilustración, discutiendo las cuestiones más importantes y trabando una conversación erudita? Los huevos quemados están riquísimos...

La señora Filomena, entrando con solemnidad, le puso cerca una botella de champagne.

Saavedra pidióla para abrirla, porque lo hacía de un modo *chic*. Apenas saltó el tapón, y en medio del silencio de la ceremonia, se llenaron las copas: Saavedra, que permanecía de pie, dijo:

—¡Consejero!

Acacio se inclinó pálido.

—¡Consejero! Con el mejor placer bebemos todos á la salud de un hombre que...—alzó el brazo y dio un tirón al puño de la camisa,—por su respetabili-